Fotografía de Gertrudis De Moses

Como en toda Metrópolis, en esta se encuentra un sin fin de seres que cargan sus propios territorios inexpugnables. Este era el caso de Vicente; un hombre aparentemente igual a muchos. Trabajaba desde muy joven en un taller de maniquíes, donde semana tras semana armaban decenas de cuerpos uniformes que solo por simples detalles se transformaban en rudos varones, tiernos niños y seductoras doncellas.

El proceso era el mismo desde hacia 20 años, ni las nuevas tecnologías lograron que aquello se modificara, pero nada le importa, ahí era un operario más.

Al comienzo, el trabajo era lo suficientemente atractivo; ¿cuantos podían decir que manipulaban torsos y piernas de mujeres todos los días sin que se quejaran?, pero como todo lo rutinario, terminó por aburrirlo. Lo malo es que no sabía que otra cosa hacer, ya que había entrado como aprendiz y en ese tiempo, hizo de todo, desde acarrear las materias primas, hasta él mismo modelar pieza por pieza, armarlos y embalarlos.

Al salir de su turno, e ir a su hogar, caminaba por las calles hasta llegar al principal centro comercial de la ciudad, pero no lo hacia para ir a mirar esos cuerpos, con vestuario de alto costo. Él iba para observar a todas aquellas mujeres que soñaban con esas prendas de vestir y no valoraban el arduo trabajo que significaba que todo luciera divino. Buscaba figuras y rostros que le trasmitieran un sentido, un secreto que las transformara en seres especiales.

Sin embargo, un día, no fueron semblantes reales lo que atrajo su atención, sino la vitrina de una librería de arte, donde en primera fila había una portada en la que aparecían dos esbeltas mujeres morenas, que tenían lo que él buscaba.
Entro a preguntar por ese libro y se entero que era una biografía del artista polaco Otto Mueller, el que, influenciado por su herencia gitana, había

nuestros pasos inquietos mientras ellas nunca podrán saber lo que es vivir.